

La verdad servida en la mesa



CARLOS ALBERTO RINCÓN OÑATE*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

La verdad servida en la mesa

The Truth Served at the Table

La vérité est servie sur la table

Mucho se habla sobre la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición como imperativos progresivos que rigen las conversaciones en el actual proceso de paz colombiano, que tiene como lugar protagónico la mesa de negociación que se está llevando a cabo en la Habana, alrededor de la cual confluyen el Gobierno Colombiano y el grupo insurgente FARC-EP. Esta dinámica de la palabra en constante tensión sugiere una necesaria reflexión sobre la verdad de quien negocia y, particularmente, sobre el futuro excombatiente y su apuesta subjetiva, un lugar que llama a la pregunta por un lazo social que evidencia y contrapone al amo, al esclavo y al subversivo, este último sinónimo de la búsqueda de la libertad, la igualdad y la fraternidad, tres imperativos revolucionarios que han guiado los movimientos emancipatorios.

Palabras clave: diálogo, discurso del amo, discurso de la histórica, lugar de la verdad, paz.

Much is spoken about truth, justice, reparation and non-repetition as progressive imperatives which govern the current Colombian peace negotiations between the Colombian government and the insurgent group FARC-EP seated at the negotiating table in Havana. This dynamic of the speech under constant tension suggests a necessary reflection on the truth of those negotiating, and particularly, on the future of the ex-combatants and their subjective bet, a place that calls for a social link that evidences and counterpose the master, the slave and the subversive, the latter a synonym for the search for liberty, equality and fraternity, three revolutionary imperatives that have guided the emancipatory movements.

Keywords: dialogue, speech of the master, speech of the hysterical, place of the truth, peace.

On a beau parler de la vérité, la justice, les dédommagements et le ne-pas-répéter en tant qu'im-pératifs de progrès qui règlent les négociations de paix qui se déroulent à La Havane entre le Gouvernement colombien et le groupe insurgé FARC-EP, il s'en faut que cette dynamique de la parole toujours en tension, passe par une réflexion sur la vérité de celui qui négocie, plus spécifiquement sur le futur ex-combattant et son pari subjectif; il s'agit donc d'une place qui fait se demander sur le lien social qui est mis en évidence et qui oppose le maître, le esclave et le subversif, ce-dernier en tant que synonyme de la recherche de la vérité, l'égalité et la fraternité, trois impératifs révolutionnaires qui ont toujours guidés les mouvements émancipatoires.

Mots-clés: dialogue, discours du maître, discours de l'hystérique, la place de la vérité, paix.



CÓMO CITAR: Rincón Oñate, Carlos Alberto. "La verdad servida en la mesa". *Desde el Jardín de Freud* 16 (2016): 213-227, doi: 10.15446/dfj.n16.58164.

* e-mail: solrak19@gmail.com

© Obra plástica: Óscar Muñoz

“Más no es completa gloria vencer en la batalla,
que al brazo que combate lo anima la verdad.

La independencia sola
el gran clamor no acalla:
si el sol alumbra a todos
justicia es libertad”.

HIMNO NACIONAL DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA
(Décima estrofa)

La mujer robusta de rasgos finos y actitud desafiante irrumpe en la escena con el torso desnudo. Blande firmemente en su mano derecha una bandera y en la izquierda, con decidida arrogancia, empuña un fusil. En esa marcha que se antoja resuelta, y guiados por el mismo coraje, la acompañan varios personajes de realidades diferentes: un obrero con espada y pistola al cinto que a su vez guía a las masas armadas y efusivas, un burgués con sombrero de copa va aferrado a su escopeta, y un niño, a la izquierda de la protagonista, asoma *enfierrado* con dos pistolas que no parecen ganarle. No es otra narración sino aquella de *La Libertad guiando al pueblo*, que a manera de fresco nos relata Delacroix¹, una obra vetusta que pareciera atemporal y que funge como alegoría de los movimientos emancipatorios. A los pies de la Libertad un hombre emerge desde los moribundos mirándola con coraje, como señalando que ha valido la pena luchar y morir por ella. La composición escénica de la epopeya forma una pirámide cuya base está compuesta por muertos de diferente bando que han caído en la batalla, ya sea heroica o cobardemente en su lucha, y la vorágine de polvo y humo da testimonio de las ruinas que quedan en una guerra, pero también son los signos que logran atenuar el inmenso grupo de gentes, que a pesar de del dolor y la muerte marcha resuelta tras la protagonista.

El sujeto del inconsciente, tributario de los efectos del discurso que organiza lo social, tiene en la Revolución Francesa una realidad que dentro de los hitos históricos de nuestra sociedad moderna resulta fundante. En ese sentido, los principios revolucionarios, a manera de un sistema de representaciones, han marcado de manera decisiva

1. Eugène Delacroix, *La libertad guiando al pueblo* (París: Museo de Louvre, 1830).

el devenir de hombres y mujeres, sobre todo, aunque no solamente, en un momento tan crucial de nuestra historia como fue el periodo de la independencia.

Cuando se producen ciertas conmociones en el discurso como forma de lazo social, los individuos ven facilitada su inscripción en tal o cual forma de funcionamiento subjetivo. Luego, aunque en algunos de esos aspectos el discurso revolucionario puede parecerse a un delirio, no es para nada seguro que conduzca fundamentalmente a una posición delirante.²

Libertad, igualdad y fraternidad fue el ternario que guió, como un imperativo categórico, los destinos de todos aquellos que inspiraron e hicieron la Revolución Francesa. Con ella se desataron de similar forma los aires libertarios e independentistas de toda una pléyade de hombres que a la postre se harían próceres, blandiendo las armas y las banderas a la manera de la robusta señora de otrora, en historias delirantes acompañadas de ejércitos que los seguirán en la hazaña. Nombres como José de San Martín, Francisco de Miranda, Antonio Nariño, Francisco José de Caldas, Policarpa Salavarrieta, José Antonio Páez, José María Carbonell, Andrés Bello, Manuela Beltrán, Bernardo O'Higgins, Antonio Ricaurte, José Artigas, María del Carmen Ulloa, José María Morelos, Justa Estepa y, por supuesto, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios, son algunos de los que resuenan en himnos, historias y canciones; líderes capaces no solamente de hacer evidente la crisis colonial que se vivía en el momento, sino de ponerle cauce a la rabia y a la creciente toma de conciencia de los pueblos latinoamericanos en torno a su devenir histórico. Todos ellos, hechos leyenda, consolidarán la figura del héroe que alimentará las fantasías de posteriores generaciones, compensando imaginariamente sus vidas cotidianas con grandes historias construidas sobre temas que desde siempre han alimentado los relatos memorables: la lucha contra la injusticia, la necesidad de vencer al tirano, los males de la humanidad y su creativa resolución, los ricos poseedores y los pobres desposeídos, e indudablemente el amor.

El argumento del héroe retrotrae la historia de Sófocles en la Grecia antigua, quien lo pone de relieve en sus tragedias. Personajes como Ajax, Edipo, Antígona, Electra, Filoctetes, son sus protagonistas que, aunque humanos, son poseedores de cualidades que les permiten diferenciarse de los demás mortales y que, precisamente por ello, se convierten en modelo e ideal para el grupo al que pertenecen. Bolívar y Edipo, Túpac Amaru, la cacica Gaitana y Antígona se salen de lo común y, sea cual sea la causa a la que se consagren, son hombres y mujeres que no ceden en su deseo.

Freud avanza en el desciframiento de "el secreto del heroísmo", al advertir que nada del orden pulsional convoca la creencia en la muerte. El heroísmo se soporta en la sobre



2. Roland Chemama, *Elementos lacanianos para un psicoanálisis de lo cotidiano* (Barcelona: Ediciones de Serbal, 2001), 238.

valoración de bienes universales y abstractos. Pero más frecuentemente es encontrar, dice él, a quien prescinde de este tipo de motivo y arrostra el peligro con la certeza de que la muerte no ha de tocarlo. De una y otra manera, en el desmentido de la muerte subyace la “reacción heroica que corresponde a lo inconsciente”.³

Hay un aspecto que siendo recurrente llama la atención en el contexto que rodea al héroe. En ese ideal de no creer en su propia muerte⁴, en muchas ocasiones, el hecho o los hechos que lo catapultan al estrellato o al protagonismo empiezan siendo, de alguna manera, conflictos insignificantes, hechos pequeños ante el esplendor de sus posteriores empresas.

En la época de la Colonia el héroe se hace como tal en pequeñas revueltas que, a la postre, se hacen grandes, ocasionadas por un hecho que reboza la copa y que moviliza la osadía de alguien que decide salir de la masa. En muchos apartes de nuestra historia este pequeño suceso está asociado con eventos juzgados como injustos por la imposición de una norma desequilibrada o una ley que genera malestar. La imposición de impuestos, una de ellas, aparece como la situación que incita a la turba enardecida a situaciones como la de enfrenar al tirano bajo la consigna “¡Mueran los chapetones y abajo el mal gobierno!”, a una insurrección con la cual vencer a las tropas reales y destituir a las autoridades, a levantar arcos y flechas contra los cobros de la corona, es decir, deviene una situación que en su progresivo desarrollo se convierte en movilizadora de grandes ejércitos de personas que decidieron, como su líder, combatir. Ya Freud, en su lectura de Le Bon, nos lo había anunciado cuando afirmó que dentro de la masa el individuo adquiere un sentimiento de poder invencible que le permite entregarse y hacer cosas que aislado nunca hubiese hecho, como si desapareciera el sentimiento de responsabilidad y cada persona, signada por el reto de la libertad, se entregara en cuerpo, corazón y vida a los designios del líder, del héroe, haciendo de su pulsión el motor de la victoria. El líder y quienes lo siguen “al entrar en la masa, queda sometido a condiciones que le permiten echar por tierra las represiones de sus mociones pulsionales inconscientes”⁵. Este hecho les permite avanzar, como si todo sentimiento y todo acto de reivindicación ante el hecho injusto fuera altamente contagioso, sacrificando su interés personal por el logro colectivo, haciendo de lo particular un movilizador político.

El individuo inmerso durante cierto lapso en una masa activa muy pronto se encuentra —por efluvios que emanan de aquella o por alguna otra causa desconocida— en un estado singular, muy próximo a la fascinación en que cae el hipnotizado bajo la influencia del hipnotizador [...] La personalidad consciente ha desaparecido por com-

3. María Clemencia Castro, *Transgresión, goce y profanación* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2005), 123.

4. En una entrevista que le hacía Alfredo Molano a Jaime Bateman, comandante del M-19, este decía: “Si una persona es absolutamente sentida, constantemente querida, si en ella se dan cita una cantidad de afectos fuertes, el afecto de la mamá, de las hermanas, de la amante, de los amigos, esa cadena de afectos lo defiende de la muerte, del peligro, lo vuelve casi inmortal. Por lo menos impide que lo maten a uno así no más”. Alfredo Molano, “Bateman habla de su muerte”, *Semana*, agosto 22, 1983. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/bateman-habla-de-su-muerte/3358-3> (consultado el 10/06/2015).

5. Sigmund Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), en *Obras completas*, vol. XVIII. (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 71.

pleto, la voluntad y el discernimiento quedan abolidos. Sentimientos y pensamientos se orientan en la dirección que les imprime el hipnotizador.⁶

Los Mayas en Yucatán, Túpac Amaru en el Perú, o Galán y la insurrección de los comuneros del Socorro, dan buena cuenta de esta forma progresiva de consolidar una objeción, de cómo el modelo económico y político de los Borbones, por continuar con el hilo histórico del relato que se proponía atrás, se relaciona con la incomodidad que se despierta en un individuo y en un colectivo. Sin embargo, esta hebra histórica tiene pretéritos inicios que permiten entender que nuestros conflictos se remontan a mucho antes que el insigne y renombrado 9 de abril, incluso con situaciones mucho más escabrosas que las narradas con ocasión del holocausto nazi, ejemplo de infamia y degradación. El encuentro de Europa con el mundo americano deja el saldo trágico y doloroso de sesenta millones de indígenas muertos por los conquistadores. Paisaje apabullante y macabro que hace palidecer la cifra de seis millones de judíos asesinados en Europa. Y aunque muertos son muertos, y víctimas son víctimas, no resulta comprensivo cómo de los nuestros no se habla mucho. Lo que queda de esta violencia que nos llevó décadas de sufrimiento es una marca que nos signó como víctimas sin verdad, hasta ahora sin justicia y sin reparación.

Desde esta perspectiva, nuestro ser mestizo nace con la modernidad y se inaugura en una danza maldita de sangre, fuego y dolor. Por eso no resulta desproporcionada la frase que afirma que por nuestras venas corre sangre del violador y la violada, con el terrible agravante, no solamente de haber sido puestos en situación de indignidad, pues semejante aberración se acompañó del robo de tierras y riquezas, sino de haber perdido entre muchas otras cosas los idiomas originales, los universos sonoros y gestuales que conectaban a las comunidades con los ancestros y los mitos de fundación. Perdidos para siempre, no hubo más camino que el de asumir, por la fuerza y seguramente con la rabia, el idioma del violador y del asesino.

Estos antecedentes de la América mestiza sugieren pensar que, por estructura, somos una región de hombres y mujeres marcados por la pérdida. Quien no conoce su historia está condenada a repetirla, se afirma insistentemente desde distintas orillas y con acentos variopintos. Sin embargo, somos un pueblo que no solamente no conoce su historia, sino que la ha perdido definitivamente en lo que se refiere a sus orígenes. O tal vez no la conocemos porque nunca supimos de ella. Huérfanos de tales principios nos ha quedado la espantosa tarea de inventarnos algunos, lo que no deja de implicar aquello que en muchas ocasiones aparece como pantallazo en un computador como mensaje que informa por qué un programa no se ejecuta correctamente: error de sintaxis. Dicho de otra manera, las reglas y principios que gobiernan nuestro acontecer

6. Sigmund Freud, "Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos" (1913 [1912-1913]), en *Obras completas*, vol. XIII (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 72.

como enunciado cultural y social están trastocadas, algunas otras están rotas y otras se perdieron sin remedio. El porvenir de la ilusión de hombres y mujeres suramericanos está acompañado entonces de un componente particular, el de carecer de un mito fundacional cierto.

Los otros antecedentes, los que continuaron al mestizaje y que podríamos llamar los de la América criolla, son protagonizados por hombres y mujeres que nacen con la marca de la ilegitimidad por ser productos de España en su colonia, rasgo que determinará una particular manera de ser, caracterizada por una búsqueda de afianzamiento de la identidad y una personalidad inquieta a la vez que luchadora, terca y desconfiada, que acompañará la gesta de descolonización. Así las cosas, nos encontramos ante un contexto en el que la subjetividad tiene unas condiciones particulares para constituirse, no solamente marcadas por la pérdida de objeto, esa pérdida estructural y particular para cada quien, sino acompañada por muchas otras pérdidas igualmente estructurales que entrarán en juego a la hora de constituir relaciones con otros y construir una sociedad. Sobre los vacíos de nuestra historia se va construyendo ese otro vacío que busca llenarse en la relación con el Otro, deseando lo que no tenemos en lo singular y a la vez buscando lo que somos y no tenemos como estructura social. Estos vacíos imposibles de llenar se concretan en un sujeto que será representado por significantes de diversa índole que, si bien como significantes están cargados de ausencia, nos representan ante otros, los foráneos, como incómodos, extraños y exóticos, y ante los más próximos, con un hálito de desconfianza. Esta realidad enmarcó a los sujetos que entonces lucharon por la libertad y la construcción de sociedad en todo el continente, y nos enmarca ahora, en tiempos decisivos para la construcción de la paz de nuestro país.

Libertad, igualdad y fraternidad, actualizados, siguen siendo significantes que van guiando el rumbo político de los actores sociales, algunos de ellos, representados por las partes que se encuentran sentadas en la mesa de negociación en La Habana, Cuba, discutiendo sobre lo que será el curso de la sociedad en los años venideros. Sin embargo, ya lo advierte Jacques-Alain Miller quien, retomando algunos comentarios de Lacan, nos señala que la sociedad es un concepto dudoso y es por eso que prefiere el de lazo social, porque con él

[...] quiere decir que el sujeto no está solo con su ello, su yo y su superyó, que la verdad de su vida psíquica no es el solipsismo, que el sujeto está siempre en el campo del Otro, e incluso, que el campo del Otro precede al sujeto, el sujeto nace en el campo del Otro.⁷

7. Jacques-Alain Miller, "Psicoanálisis y sociedad la utilidad directa", en *Conflicto armado: memoria, trauma y subjetividad* (Medellín: La Carreta Psicoanalítica, 2008), 225.

Poniendo en tensión el concepto —peligrosamente unificador— de sociedad, el autor lo ubica del lado de la ilusión donde el lazo social cumple una función de articulador, lo que no quiere decir, necesariamente, que se trate de un elemento

armonizador. Miller habla de lazo social y ubica en esa dinámica dos lugares que caracteriza como dominante y dominado, y no consiste necesariamente en una relación de intercambio, de cooperación o de coordinación de uno y otro. La sociedad, entonces, está fragmentada en diversos lazos sociales y por eso pensar que se puede reunir en un todo es una ilusión.

Esta concepción de lo social del lado de la ilusión está en la base de los imposibles freudianos de gobernar, educar y psicoanalizar, a los que Lacan añadió la histeria, aquella que convoca masas, que llama al conflicto, que genera la pasión movilizadora, la ironía y la sátira contra el amo. Esto último resulta interesante en el sentido de ubicar algunos elementos para caracterizar a los actores del diálogo al cual me refería y que tienen, en la figura de la mesa de negociación, el contexto para enfrentar nuevamente al amo y a la histérica de marras. Y si claramente este diálogo no se da en un contexto de análisis, y la mesa de negociación no es propiamente un diván, ni mucho menos un escenario en donde se instaure la transferencia del dispositivo analítico, esta manifestación de la palabra se caracteriza porque en el centro de su dinámica hay una tensión, algo que no anda, que no está funcionando y que es un obstáculo para que las cosas en nuestro país vayan mejor.

Alrededor de esta mesa los actores dialogantes, ubicados al parecer en las antípodas de la verdad, se juegan lo mejor de sus esfuerzos en la búsqueda de la paz. Todos vienen de la historia ya comentada, incluso reivindican a personajes que, como Bolívar, les son enigmáticamente comunes, pero ahora se ubican en lugares que los caracterizan como Gobierno e insurgencia. Un amo que pretende un *statu quo* en medio de la dinámica del mercado y las políticas internacionales para la ampliación del comercio. Un subversivo que, retomando las banderas de la libertad, pretende una sociedad utópica, hincada en los preceptos socialistas de igualdad y cuestionando las leyes que organizan lo social. Ambos hablando, y haciendo de dicho diálogo y con las palabras que de allí se desprendan, una oportunidad para cambiar la relación con el Otro y con las faltas que los caracterizan, sentados persiguiendo la ilusión de una verdad que nos permita completar eso que desde hace mucho tiempo no somos, una sociedad en paz.

Néstor Braunstein nos propone, en su libro *A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud*, que el psicoanálisis, frente a la búsqueda de felicidad y armonía del ser humano, “se ha remontado hasta las fuentes del río de las ilusiones y ha develado sus míseros orígenes. Por eso carga con una triple maldición: intolerable, intolerante, intolerado”⁸. En este sentido, el psicoanálisis pareciera seguir con esa infausta tarea, y ahora, frente a un fenómeno como el proceso de paz y la discusión



8. Néstor Braunstein, *A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud* (México: Siglo XXI, 2005), 192.

sobre la verdad, podría aportar miradas complementarias y claramente significativas a las que se plantean desde otras orillas conceptuales y disciplinarias.

ALGUNOS APUNTES SOBRE LA VERDAD Y LA PAZ EN TIEMPOS DE NEGOCIACIÓN

Verdad, justicia, reparación y no repetición, son los imperativos que rigen el destino de la negociación que se viene adelantando entre el Gobierno colombiano y la insurgencia, representada por las FARC-EP. Aunque estos significantes tienen una acepción particular en el contexto político del proceso de paz, es posible hacer algunas reflexiones, en este caso sobre la verdad, en tanto que funda esta fórmula, dándole sentido progresivo a la justicia, y esta, a su vez, a la reparación y a la no repetición.

Es importante en primera instancia recordar que existen diversos modos de concebir la verdad, pero estas diferencias deben sostenerse sobre un suelo común que permita identificarlas dentro del mismo campo semántico. Por eso lo que el psicoanálisis puede decir de la verdad no es ajeno a lo que se puede decir en otros contextos, a pesar del inconsciente y su forma de irrumpir en la inteligibilidad de la realidad. A fin de cuentas, la verdad transita por los caminos que se relacionan con lo repulsivo, con lo desagradable, con lo ominoso y con los prejuicios para el narcisismo. Y si en la mesa de negociación hay hombres y mujeres de uno y otro bando que pueden ser catalogados como revolucionarios, no hay nada más revolucionario que la verdad, y nada puede generar más resistencias que la verdad por el temor que ella genera. Por eso es preciso hacer una pregunta en este punto, ¿le interesa la verdad al que negocia?

Pareciera que la verdad de la que se habla en la mesa tiene que ver con aquello que hay detrás de algunos actos llevados a cabo en momentos particulares por uno y otro bando, y que en su manifestación dejaron víctimas que deben ser reconocidas y que deben saber la verdad como camino lógico que transita hacia la justicia. En otro lado, aunque alrededor de la mesa, está la verdad del ser, la cual se dice de muchas maneras y tiene en cada caso una interpretación. He aquí la dificultad primigenia en cuanto a la verdad que se promulga como principio negociador. La verdad es una propiedad de las palabras que la nombran, una característica de los enunciados del sujeto y un saber que quien lo promulga no lo sabe, pues está agazapado en sus enunciados. Verdad y realidad van de la mano, y si bien existe un principio de realidad, este es particular para cada quien, aunque se comparta con otros algunas de sus manifestaciones. Por lo tanto, estamos hablando de un escenario en la negociación, o posterior a ella, en donde es preciso también hablar de las verdades, en plural, con las cuales se inaugura un escenario de justicia y reparación subjetivo, es un escenario “éxtimo”, en tanto lo más íntimo justamente es lo que no se puede reconocer más que fuera. Este aspecto

representa un punto importante en el proceso que, por considerarse menor, se deja al garete —como se puede evidenciar en los relatos de muchos excombatientes que tenían en el colectivo una dinámica de cohesión y de relacionamiento—, de este modo, al perderse, hace que aparezcan situaciones que comprometen su tranquilidad emocional. Sin ninguna duda, un proceso de negociación con vistas hacia una dejación de armas genera en los combatientes un cambio en su posición subjetiva, toda vez que el ideal guerrillero, el que permite justificar las acciones armadas, dista del ideal de la sociedad civil, el mismo que mantiene y en muchas ocasiones mantendrá un dedo enjuiciador apuntándole a su legitimidad como sujeto.

¿Qué movilizó al que se va a desmovilizar? Toda elección implica el inconsciente y cada combatiente se ubica de manera diferente ante esta elección. Freud nos da algunas puntadas en *Tótem y tabú* y en *El malestar en la cultura*. Allí deja claro que los hijos al triunfar sobre el padre habían descubierto que una asociación puede ser más poderosa que el individuo aislado. Desde la perspectiva de la identificación es posible, según Lacan, un encantamiento que reabsorbe las angustias y los miedos de cada uno en una solidaridad del grupo en la vida y la muerte, en una acepción del pueblo unido no será vencido, o principio que rige el propósito del colectivo insurgente y que se erige como uno de esos ideales de su acción, un S1 radical. Honor, patria, libertad, fraternidad o igualdad, con su recóndita acústica, son otros significantes que ocupan el lugar de fundamentales y que guían el deseo de entregarse a esta celebración colectiva de luchar hasta la muerte, que como Hegel lo entendía, es el amo absoluto. Lacan alude a los poderes del superyó como animadores de una apuesta sacrificial, y también al malestar de la civilización, en donde se manifiesta esta dimensión subjetiva, caracterizada por su “cuarteadura” y la presencia de la pulsión de muerte. La movilización para hacer la guerra es entonces un empeño de destrozamiento y muerte⁹ en un lazo social violento de dos posiciones —una guerra de posiciones—¹⁰, la de un amo y la del sujeto dividido, cuarteado, en donde el odio hace presencia a tal punto que le impele al sujeto poner el cuerpo y enfrentarse a la muerte. “En la dimensión imaginaria del odio, la destrucción del otro se inscribe en la estructura misma de la relación intersubjetiva, postulada por Hegel como callejón sin salida de la coexistencia de dos conciencias, en una lucha por puro prestigio”¹¹.

Esta dimensión imaginaria hace del odio un envilecimiento del enemigo, negociación total, dialéctica que inscrita en un orden significativo le pone un límite al sujeto que le permite regular el goce, el de acabar con su adversario y el de hacerse matar. Ejemplo de ello es la prohibición que se hace norma y que toma el nombre de DIH, que propone que a pesar de la guerra, no todo vale.

9. Esplendor de destrucción y muerte en donde las marcas son ciudades devastadas, escombros y ruinas, lo que permite llevar nuevamente la mirada al fresco de Delacroix y lo que va quedando atrás, al paso de la libertad.

10. La guerra de posiciones hace referencia a una confrontación en donde las fuerzas beligerantes buscan mantener su posición y para ello realizan surcos (cuarteaduras) y trincheras.

11. Castro, *Transgresión, goce y profanación*, 90.

El conflicto y la hostilidad, el consenso y la negociación son fenómenos que constituyen el vínculo social, por lo tanto la idea de una sociedad pacífica o en armónica convivencia encierra en sí misma un contrasentido. Estamos frente a una negociación que dice buscar la paz, pero sabemos que esto es una entelequia. Lo que busca entonces una negociación es un escenario otro, en donde el conflicto en su faceta política permita la desmovilización de un grupo en armas para que se movilice en otros escenarios, lo cual hace menos cruenta las contradicciones en la construcción de la sociedad. Recordemos que el Estado nació precisamente contra la guerra, como haciendo caso al precepto freudiano de que la vida humana en común solo se torna posible cuando llega a reunirse una mayoría más poderosa que cada uno de los individuos, y que debe mantenerse unida frente a cualquiera de estos. Erradicar un conflicto o disolverlo sin altibajos de diversa índole, rápida y en una cálida conversación es un corolario sin cabida, y un lujo que no podemos darnos en una realidad como la nuestra, en donde hay dos fuerzas que han demostrado su poder aniquilador, y en donde la brecha ideológica, aunque haya cedido un poco, ha dejado tras su paso contradicciones que parecerían irresolubles, así los acontecimientos que les han dado origen sean aparentemente insignificantes. Si en otros momentos de nuestra historia razones aparentemente insignificantes fueron las que movilizaron a la masa beligerante, hoy la situación no es diferente y nos encontramos con situaciones como aquella que escribiera el jefe guerrillero para inaugurar los diálogos en San Vicente del Caguán, y que aparece como el mito fundacional de las FARC: el robo de unas vacas, unas gallinas y algunos marranos por parte del Estado a los campesinos en Marquetalia y Casa Verde en una operación militar. El reclamo pone en evidencia, al lado de las razones de hondo sentido político, algo de la verdad elemental del guerrero, un sentimiento personal de pérdida que se había enconado con el paso de los años en un campesino despojado, que llegaría a ser un máximo comandante guerrillero. Entonces, del hombre a la guerra hay un paso. Zuleta escribía al respecto:

Si se quiere evitarle al hombre el destino de la guerra hay que empezar por confesar, serena y severamente la verdad: la guerra es fiesta. Fiesta de la comunidad al fin reunida con el más entrañable de los vínculos, del individuo al fin disuelto en ella y liberado de su soledad, de su particularidad y de sus intereses; capaz de darlo todo, hasta la vida. Fiesta de poderse aprobar sin sombras y sin dudas frente al perverso enemigo, de creer tontamente tener la razón y de creer más tontamente aún que podemos dar testimonio de la verdad con nuestra sangre.¹²

12. Estanislao Zuleta, "La guerra es una fiesta", en *Gambito de Torres* (Bogotá: Editorial Fundación para la Investigación y la Cultura, 2001), 183.

Oriana Fallaci, citada por María Clemencia Castro en su libro *Transgresión, goce y profanación*, hace eco a estas palabras afirmando:

La eterna historia, la eterna novela del Hombre que en la guerra se manifiesta en toda su verdad. Porque, desgraciadamente, nada revela como la guerra. Nada exacerba con tal fuerza su belleza y su fealdad, su inteligencia y su estupidez, su bestialidad y su humanidad, su valor y su cobardía, su enigma.¹³

Este paso de la guerra a la política implica un paso decisivo hacia otro tipo de cultura, en donde podemos escuchar lo afirmado por Freud:

Ahora el poder de esta comunidad se contrapone, como “derecho”, al poder del individuo, que es condenado como “violencia bruta”. Esta sustitución del poder del individuo por el de la comunidad es el paso cultural decisivo. Su esencia consiste en que los miembros de la comunidad se limitan en sus posibilidades de satisfacción, en tanto que el individuo no conocía tal limitación. El siguiente requisito cultural es, entonces, la justicia, o sea, la seguridad de que el orden jurídico ya establecido no se quebrantará para favorecer a un individuo. Entiéndase que ello no decide sobre el valor ético de un derecho semejante. Desde este punto, el desarrollo cultural parece dirigirse a procurar que ese derecho deje de ser expresión de la voluntad de una comunidad restringida —casta, estrato de la población, etnia— que respecto de otras masas, acaso más vastas, volviera a comportarse como lo haría un individuo violento. El resultado último debe ser un derecho al que todos —al menos todos los capaces de vida comunitaria— hayan contribuido con el sacrificio de sus pulsiones y en el cual nadie —con la excepción ya mencionada— pueda resultar víctima de la violencia bruta.¹⁴

Así las cosas, tenemos que una cultura de paz implica para su edificación una renuncia de lo pulsional, hostilidad contra la que se ven precisadas a luchar todas las culturas. La renuncia del guerrero implica entonces que sus pulsiones deberán ser dirigidas por otros caminos, lo cual en la mayoría de los casos coincide con la sublimación. La sublimación de las pulsiones es un rasgo destacado del desarrollo cultural, y en el caso de una negociación que lleve a la dejación de las armas implicará que actividades psíquicas superiores asociadas con la política, la labor organizativa y el trabajo comunitario desempeñen un papel sustantivo en la nueva realidad del sujeto. Empero, es fundamental cuestionar ese camino, porque se trata del deseo del guerrero sin armas, en muchas ocasiones campesino, o con antecedentes puestos en estas coordenadas, con una frágil formación política producto de un acento en la dinámica militar y, por lo tanto, formado en la obediencia a su oficial superior. Experiencias de procesos de paz anteriores nos dan detalles sobre este punto. En el momento exacto en que el comandante hizo la última formación, luego de la dejación de las armas, y a un paso de la desmovilización real, a la hora de hacer el último saludo a la bandera,



13. Castro, *Transgresión, goce y profanación*, 90. Cfr. Oriana Fallaci, *Inshallah* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1990).

14. Sigmund Freud, “El malestar en la cultura” (1930 [1929]), en *Obras completas*, vol. XXI (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 93.

en lo que se conoce como *el orden cerrado*, y ordenar a la tropa “rompan filas”, las filas no se rompieron y un silencio duro se hizo paisaje, sorpresa, inmovilización. Quizás porque la renuncia de lo pulsional implica entonces, en el orden de lo cultural, un sello simbólico de parte del amo que dé seguridad al acto subjetivo de dejar las armas, un gesto con valor de canje que rodee de confianza y sentido lo que está por porvenir. Al campesino la tierra, al obrero trabajo digno, al estudiante educación con calidad y al político la tranquilidad de hacer política, de tal manera que algo del orden de la negociación permita ese tránsito sublimatorio, pues “no es fácil para los seres humanos, evidentemente, renunciar a satisfacer esta su inclinación agresiva; no se sienten bien en esa renuncia”¹⁵.

Vamos identificando así una premisa que nos puede dar la dimensión de la discusión, y que nos ayuda a ubicar parte de la verdad en el proceso de negociación y posterior desmovilización. La paz es imposible para el que desea, la desmovilización es imposible para quien ha hecho del conflicto armado y sus particularidades su goce. Esto le toca decirlo al psicoanálisis, de la misma manera que alertó en siglos anteriores sobre otros imposibles sociales, éticos y culturales. Es necesario, pues, decir que la paz no es posible, que a pesar de llegar a un acuerdo la pulsión que mueve los intereses de los guerreros —que se topan con muchos otros que desde otros escenarios objetan la estructura política, económica y social del país— permanecerá como siempre indomeñable. El malestar cultural, del cual la insurgencia es como uno de sus síntomas, implica que en la constante objeción que se hace al amo de diferentes formas y dimensiones va implícito un saber que, entre otras cosas, intenta evidenciar las huellas de injusticia que provoca su accionar. Por lo tanto, tal objeción se convierte en sí misma en una talanquera para sus propósitos, porque es un saber con el cual se goza y se lucha, y que lleva oculta una verdad. Y aunque el saber del amo es más eficaz, un saber práctico que busca que el problema se solucione, la objeción del guerrero funciona. Si no fuera así no estarían en la mesa de negociación, y si no fuera un objetor fuerte el amo lo combatiría incansablemente hasta su liquidación.

Su lugar rebelde, incómodo para el sistema, va dirigido a una búsqueda de ese objeto que dará la completitud y que tiene que ver con su verdad. El objeto en el lugar de la verdad, característica que define su proceder de objetor, nos anuncia que no hay posibilidad de llegar a un feliz acuerdo. Por lo tanto, el mejor escenario será uno que contemple la verdad en su polifonía y complejidad, es decir, una verdad que no podrá decirse toda, no solamente porque no se sabe, sino porque del lado del excombatiente debe permitir una búsqueda de la libertad, la igualdad y la fraternidad; significantes que hacen parte de su marca y que están en el lugar del Otro, por otros medios que no se saben y en otros escenarios que no se conocen. Lo que aparece en el

15. *Ibíd.*, 111.

inmediato futuro es la ilusión de una verdad que será buscada desde una confrontación en los escenarios civiles, dando sentido así a la reflexión psicoanalítica que plantea la impugnación de una felicidad basada en una pacífica armonía y privada de conflictos entre los seres humanos.

Muy seguramente, los que hoy deponen las armas darán paso a otros que volverán a buscar una confrontación por ese objeto perdido que desvela y empuja, uno que tomará otros nombres, o los mismos: revolución, cambio, tierra, derechos, bienestar.

No hay que olvidar que en el trasfondo de todo drama humano están los vínculos, los pactos, los nudos. En este pacto de hogaño todo el país ansía que aparezca la verdad, y la verdad, muy seguramente, aparecerá como un efecto en unos dudosos cuándo y dónde. No obstante, en la verdad que busca la mesa, no todos están de acuerdo. Es tan inasible su naturaleza que ni los negociantes saben de qué se trata, ni dentro de cada grupo negociador hay claridad sobre ella, ni en cada combatiente, ni mucho menos entre todos ellos y la sociedad. Lo que de fondo aparece como colofón es que “el país está cansado de tantos años de guerra, es tiempo de la paz”. El conflicto, que se hizo armado y que ahora intenta el camino político, advierte entonces una paradoja: “desde un primer momento son dos patrias hacia las que sus almas tirarán cada una con un ala divergente. Pero, dado que en verdad es la misma, no habrá posibilidad de pacto”¹⁶.

La mesa de diálogo, como lugar de la distensión y la palabra, llama a que el saber circule y en ese movimiento dos son mínimamente los efectos de verdad que podrían aparecer. Por un lado, el que se va perfilando de la mano de la realidad nacional en donde años de injusticia desfilan como imágenes en los relatos de cada uno de los participantes. Por otro lado, el efecto en cada uno de los dialogantes, quienes, habiendo expuesto sus razones, recogen como saldo las razones subjetivas de su lugar en esa mesa, en esa lucha y frente a una posible desmovilización. Y así como en el chiste que afirma que un perro solo entra en una habitación hasta la mitad, porque de este punto hacia adelante ya está saliendo, la verdad será solo hasta un punto, porque a partir de allí es inasible. No solo porque hay incertidumbre y experiencias anteriores nefastas, sino porque el saber que la acompaña y que circula tiene también un sentido oscuro para cada quien, del cual también cada quien goza. “Nada más temible que decir algo que podría ser verdad. Porque podría llegar a serlo del todo, si lo fuese, y Dios sabe lo que sucede cuando algo, por ser verdad, no puede ya volver a entrar en la duda”¹⁷.

Es precisamente este goce del combatiente en momentos de no combate el que no tiene un lugar en la mesa, ni en ninguna mesa, porque es algo con que este sujeto tendrá que vérselas una vez se hayan dejado las armas y los pertrechos, alejado del

16. Castro, *Transgresión, goce y profanación*, 102.

17. Jacques Lacan, “La dirección de la cura y los principios de su poder” (1958), en *Escritos II* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005), 596.

honor militar, del deber y la sumisión, en momentos en que el deseo entre a operar en el lugar de la orden, y el excombatiente sea interrogado por el Otro en su existencia.

El sujeto, habiendo elegido un destino que lo involucra en su acto, su cuerpo y su goce, ha puesto en juego una relación con el semejante en un vínculo social que tiene su faceta mortífera. Ahora debe cambiar. Y en ese viraje, la pulsión de muerte, la tendencia agresiva que la comporta y el saber que las acompaña, hacen pregunta en tiempos de paz. Sin embargo, como condición necesaria, se habla ante todo de una verdad para que haya justicia, pero se habla de una verdad que desde el amo es la que estructura una proposición, la de la lógica binaria verdadero/falso y que, gracias a las características que la describen, pareciera una verdad que ya se sabe. De ello testimonian todos los medios.

De otro lado, tenemos que frente a esta realidad la mesa de diálogo, espacio discursivo, está llamada a ser, en alguna de sus acepciones —comisión, submesa, comité, etc.— el lugar para que la verdad sea un efecto revelador de la palabra, abriendo así el escenario para pensar en nuevas rutas que intenten desviar el fin pulsional para que no se recaiga en la guerra, lo que implica buscar nuevas vías para un goce, el que viene de lo mortífero y que debe ser inscrito en otros ofrecimientos que sean armónicos con los del excombatiente —del bando que sea— que se enfrentó en muchas ocasiones con lo real y que quedó con huellas y cicatrices que tendrán que volverse falta y por lo tanto nuevas búsquedas.

En su seminario XVII Lacan presentó el planteamiento de los discursos como formas de hacer lazo social y, por consiguiente, formas de hacer algo con el goce en medio de un conflicto, por allá en el 68. Allí habló de la articulación del saber, la verdad y el goce, a partir de lo cual planteó fórmulas como la del saber como medio de goce y la verdad como hermana del goce prohibido. Escribió al respecto que

[...] el saber se propone como un modo de tramitación de la satisfacción pulsional. Pero, como al goce perdido sólo se tiene acceso a través de la articulación significante, esa vía privilegiada de pérdida implica también un modo de recuperación, la verdad. [...] el goce se fija en un sentido oscuro. Este sentido oscuro es el de la verdad.¹⁸

Así, ante la ganancia social del fin de la guerra aparece la pérdida para el sujeto, y ante la opción de hablar de la verdad la subversión del psicoanálisis apunta, más que a un convencimiento epistemológico, a una reflexión ética del ser hablante, del mismo que dialoga.

18. Luciano Lutereau, *La verdad del amo. Una lectura del seminario 17 de Jacques Lacan* (Buenos Aires: Letra Viva, 2014), 38.

BIBLIOGRAFÍA

- BRAUNSTEIN, NÉSTOR. *A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud*. México: Siglo XXI, 2005.
- CASTRO, MARÍA CLEMENCIA. *Transgresión, goce y profanación*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2005.
- CHEMAMA, ROLAND. *Elementos lacanianos para un psicoanálisis de lo cotidiano*. Barcelona: Ediciones de Serbal, 2001.
- DELACROIX, EUGÈNE. *La libertad guiando al pueblo*. París: Museo de Louvre, 1830.
- FALLACI, ORIANA. *Inshallah*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1990.
- FREUD, SIGMUND. "Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos" (1913 [1912-1913]). En *Obras completas*. Vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- FREUD, SIGMUND. "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921). En *Obras completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- FREUD, SIGMUND. "El malestar en la cultura" (1930 [1929]). En *Obras completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- LACAN, JACQUES. "La dirección de la cura y los principios de su poder" (1958). En *Escritos II*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- LUTEREAU, LUCIANO. *La verdad del amo. Una lectura del seminario 17 de Jacques Lacan*. Buenos Aires: Letra Viva, 2014.
- MILLER, JACQUES-ALAIN. "Psicoanálisis y sociedad la utilidad directa". En *Conflicto armado: memoria, trauma y subjetividad*. Medellín: La Carreta Psicoanalítica, 2008.
- MOLANO, ALFREDO. "Bateman habla de su muerte". *Semana*. Agosto 22, 1983. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/bateman-habla-de-su-muerte/3358-3> (consultado el 10/06/2015).
- ZULETA, ESTANISLAO. "La guerra es una fiesta". En *Gambito de Torres*. Bogotá: Editorial Fundación para la Investigación y la Cultura, 2001.



